

Dan inundó enérgicamente el parque, desmontó las tablas, levantólas para que se secaran á la luz de la luna, pasó las hojas ensangrentadas de los cuchillos á través de un tapón de estopa y se puso á afilarlas en una pequeña muela, mientras que Harvey echaba al mar despojos y espinas.

Al primer «pluf» una sombra de un blanco de plata se levantó ante él como una flecha, con una especie de suspiro y de silbido. Harvey retrocedió lleno de espanto dando un grito, con gran contento de Dan:

«Es una marsopa. Quiere cabezas de pescados. Se levantan así, sobre el extremo de su cola, cuando tienen hambre.

No te parece que su aliento huele á sepulcro?»

Una horrible hediondez de pescado podrido llenó el aire cuando la masa blanca se sumergió, y el agua se agitó formando borbotones.

«No habías visto nunca marsopas levantarse así? Pues bien, verás á centenares antes de acabar...

—Me duermo, dijo Harvey, dejando caer su cabeza sobre el pecho.

—No debe dormirse, amigo, cuando se está de guardia. Despiértate y ve á ver si nuestro farol brilla é ilumina bien. Estás de guardia, Harvey, no lo olvides.

—Bah! que nos puede suceder? Se ve tan bien como en pleno día.

—Así es siempre como suceden las desgracias. Buen tiempo, buen sueño, y antes de saber cómo ha sido, hete aquí que os encontrais partido en dos por cualquier paquebot. Escucha, yo te profeso verdadera amistad; pero si tu cabeza vuelve á caer, te prometo que pegaré fuerte en ella con el extremo de esta cuerda.»

La luna que presenciaba en el Banco tantas cosas extrañas, vió entonces, desde sus alturas, á un joven esbelto, con knickerbockers y con jersey encarnado, dar la vuelta, tambaleándose, por una goleta de setenta toneladas, mientras que detrás de él, iba un mozuelo moviendo una cuerda de nudos, con ademanes de verdugo, bostezando á su vez y dando también grandes cabezadas entre golpe y golpe.

Harvey rogaba, amenazaba, lloriqueaba. Dan le exhortaba á que vigilara, pero las palabras se incrustaban en su lengua y su cabo de cuerda daba más á menudo en el doris que no alcanzaba á Harvey. Después de diez horas, Little Pen, subiendo al puente, encontró dos muchachos, ó mejor dos paquetes tumbados uno al lado de otro, tan profundamente dormidos que los hizo rodar materialmente hasta sus camillas.

---